

EL PADRE MORATIEL, PREDICADOR DEL SILENCIO

Fr. Julián de Cos, O.P.

Publicado en JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, *La oración del silencio*, San Pablo, Madrid 2013, pp. 7-32.

Nuestro hermano José Fernández Moratiel nació en Santa Olaja de Eslonza (León) en 1936. Su familia fue siempre para él una referencia muy importante. Era el más pequeño de cinco hermanos, aunque uno de ellos falleció con pocos años. Todos le llamaban «Pepe» –y después pasó a ser «el tío Pepe»–. Sus padres se dedicaban al campo, tenían terrenos de labor y ganado. Eran muy religiosos, especialmente Cándida, su madre. Su padre, Arsenio, era un gran conversador y tenía una mentalidad abierta y tolerante. Su casa era muy acogedora: invitaban a comer y a dormir a mendigos, vendedores y a otras personas que pasaban por la zona. Cuando veían a alguien durmiendo en el campo le acogían en su casa.

Con trece años Moratiel ingresó en la Escuela Apostólica dominicana de Corias (Asturias) y a partir de ahí siguió la formación institucional en la Orden de Predicadores hasta que se ordena en 1962. Tras un corto periodo en el convento de San Pablo de Valladolid y otro en San Esteban de Salamanca donde fue pedagogo de los frailes estudiantes, es asignado en 1968 al que será desde entonces su convento: Santiago de Pamplona. A partir de ese momento se dedicó a la predicación itinerante, falleciendo en Málaga el 12 de febrero de 2006.

Siendo fraile estudiante, a finales de los cincuenta, comenzó una profunda aventura espiritual que le llevó a crear treinta años más tarde, a finales de los años ochenta, su gran legado: la Escuela del Silencio, un camino espiritual que conduce hacia el encuentro con Dios en el puro silencio interior. La Escuela del Silencio ayuda a experimentar la presencia de Dios dentro del corazón: nuestra «casa interior».

Esta introducción sobre el P. Moratiel, además de presentar a grandes rasgos su espiritualidad, trata de mostrar la raíz dominicana de la Escuela del Silencio.

SILENCIO INTERIOR

Me contó una vez el P. Moratíel que, estando en el convento de la Virgen del Camino (León), le invitaron a participar en un programa de radio para hacerle una entrevista sobre el silencio. Él accedió y acudió al programa. Junto a él había otro invitado: un experto en insonorización de locales. Nada más empezar el programa, el periodista le hizo al P. Moratíel una pregunta sobre el silencio y éste le habló sobre el silencio interior. Como consecuencia de esta respuesta, el periodista no le volvió a hacer ninguna pregunta en la media hora que duró el programa, el resto se las hizo al otro invitado. Resulta que el periodista pensaba equivocadamente que el P. Moratíel era experto en insonorización, es decir, en «silencio exterior».

Ciertamente, en los encuentros de la Escuela del Silencio es muy importante que haya un ambiente de silencio, pues éste ayuda mucho a encontrar dentro de nosotros a Dios. Pero la Escuela del Silencio es escuela de silencio interior, no exterior. Busca enseñarnos a silenciar nuestro corazón para poder escuchar a Dios. Muestra el sentido del silencio interior y el medio para conseguirlo.

Técnicamente hablando, los encuentros de la Escuela del Silencio podían ser considerados como ejercicios espirituales de varios días. De hecho algunas religiosas acudían a ellos para hacer sus ejercicios anuales. Pero Moratíel no les llamaba «ejercicios» ni «retiros», sino simplemente «encuentros».

LA ESPIRITUALIDAD RENANA Y EL «VACIAMIENTO»

Del P. Moratíel cabe decir, ante todo, que era un hombre libre. No libre de sus compromisos o de sus responsabilidades, sino libre de esos «ruidos internos» que nos impiden contemplar a Dios: de los prejuicios, manías, miedos, deseos y sobre todo del ego, es decir, de nuestro afán de poder, saber y tener. Los que le conocimos podemos decir que era un hombre trasparente, que dejaba traslucir su profunda experiencia de Dios.

Su vaciamiento no era sólo a nivel interior, también lo era a nivel «exterior», es decir, era muy dejado para sí mismo. Se desentendía fácilmente de su persona y de sus posesiones. Ese es el motivo por el que sólo hemos recuperado una parte de su biblioteca personal, pues no tenía reparos en dar sus libros.

La base de la Escuela del Silencio la hallamos en la mística renana, es decir, en la escuela de espiritualidad iniciada a finales del siglo XIII por un dominico alemán: el Maestro Eckhart (ca. 1260-1328), quien tuvo varios destacados discípulos, sobre todo fray Juan Taulero (ca. 1300-1361) y el beato Enrique Susón (ca. 1300-1366), también dominicos. Las monjas dominicas y otras mujeres también participaron activamente en esta espiritualidad. La mística renana nos conduce al vaciamiento interior, a «desasirnos» de todo aquello que no nos deja entrar en la presencia de Dios en lo más profundo de nuestro ser: la «chispa del alma».

El P. Moratiel conocía –en teoría y práctica– muy bien esta corriente mística y la supo enriquecer con otras espiritualidades –sobre todo orientales– y con otros saberes: Filosofía, Psicología, Literatura, etc., con el fin de hacerla más asequible.

El resultado ha sido la sencilla y profunda espiritualidad de la Escuela del Silencio, que en modo alguno busca el ensimismamiento, ni la huida de la realidad, ni sumergirse en las consolaciones espirituales. Es una espiritualidad para vivir en el día a día, en la vida cotidiana, cada uno a nuestro nivel, según nos permitan nuestras propias circunstancias y capacidades.

Y sobre todo la Escuela del Silencio es una espiritualidad cien por cien contemplativa. Pues se trata de eso: de silenciar todo lo que nos impide contemplar a Dios. Por ello nos conduce a la experiencia mística.

LA ESPIRITUALIDAD BUDISTA Y LA «PRESENCIA»

Pero desgraciadamente, a veces se ve a la mística como una vía para escapar de la realidad, como un medio para fabricar un mundo paralelo, un mundo a nuestra medida que nos permita vivir más cómodamente. Ciertamente existen muchos falsos caminos místicos que van en esa dirección, pero, como ya hemos dicho, ese no es, en modo alguno, el sentido de la Escuela del Silencio. Todo lo contrario, ésta nos ayuda a vivir plenamente la realidad y a ser nosotros mismos.

El propio Moratiel nos daba ejemplo de ello. Su vaciamiento interior le daba libertad para vivir el ahora. No tenía preocupaciones ni proyectos que le sacasen de la realidad en que vivía. Tampoco su ego le sumergía en falsas ensoñaciones. Sabía detectar rápidamente cuándo había perdido la «presencia», es decir, la atención al momento presente, para volver a él rápidamente.

Cuando dejamos de estar presentes en el mundo en el que vivimos, también dejamos de experimentar que Dios está presente en nuestra vida. Podríamos decir que *gracias a nuestra presencia en el ahora, sentimos ahora la presencia de Dios*.

Vivida así, en el ahora, la oración del silencio se prolonga todo el día. Libre de los ruidos o interferencias, el corazón puede contemplar a Dios, pues Éste se hace presente en nuestra existencia.

Y, así, viviendo el presente, nos podemos entregar por entero a los demás.

Pues bien, nuestro hermano Moratiel conoció la técnica de vivir el momento presente gracias al budismo. Estudiando y practicando la meditación zen se adiestró en el arte de la «presencia». Pero hay que reconocer que no fue nada original en esto. Son muchos los que han visto una gran relación entre el budismo y la mística renana, ya que ambos profundizan en la experiencia espiritual hasta su más pura simplicidad.

Moratiel no sólo conocía el budismo. Era un erudito en otras diversas espiritualidades orientales (hinduismo, taoísmo, etc.). Se enriqueció espiritualmente gracias a ellas y esto le ayudó a hacer asequible la altísima mística renana a todo el mundo, pues las religiones orientales –sobre todo el budismo– aportan unas técnicas de meditación muy útiles.

MÍSTICA Y ASCESIS

La mística y la ascesis van de la mano. La ascesis es el esfuerzo que ponemos de nuestra parte y la mística es nuestra docilidad a la voluntad de Dios. Ambas son necesarias para caminar hacia la unión con Dios, ya que sin esforzarnos no podemos ser dóciles a Dios y sin Él no llegamos muy lejos espiritualmente.

A la Escuela de Silencio la podemos encuadrar claramente dentro de la espiritualidad mística, pues habla de cómo silenciar todo aquello que nos impide escuchar y seguir la voluntad de Dios.

Moratiel hablaba de la mística más elevada, la «apofática»: invitándonos a dejar de lado todo lo sensible y lo inteligible para caminar hacia la unión afectiva con Dios en lo más profundo de nuestro corazón.

El silencio es la pura pasividad ante la acción de Dios. Es dejarse llevar dócilmente por Él hacia un encuentro de amor. En el silencio puro sólo Dios actúa: es pura mística.

Pero la Escuela del Silencio tiene también una fuerte base ascética. Pensemos en lo que cuesta sosegar nuestra naturaleza, nuestros instintos y pulsiones, para poder seguir así el camino del silencio. Pero de este tipo de ascesis el P. Moratíel hablaba poco.

Sin embargo, sí insistía muchísimo en que hay que esforzarse en no distraerse. Y cuando nos distraemos debemos hacer el esfuerzo de volver al silencio. También hablaba de lo costoso que es adquirir la postura «justa» para orar. Moratíel decía que se requieren meses de ejercitación para adquirir una postura que nos ayude a orar, que no nos distraiga ni nos amodorre.

Y sobre todo pensemos en el esfuerzo necesario para negarse a sí mismo, es decir, de renunciar a nuestro ego: cuánto insistía Moratíel en que debemos esforzarnos para liberarnos de nuestras ansias de poder, de saber y de tener. Nosotros no somos lo que podemos, ni lo que sabemos, ni lo que tenemos. Y para llegar a asumir eso hace falta esfuerzo. Hace falta cambiar muchas cosas dentro de nosotros. Y todo cambio supone entrar en crisis. ¡Y qué mal lo pasamos en las crisis! Pero el P. Moratíel nos decía que merecía pena, pues el silencio nos colma de Dios.

La oración del silencio es mística. Pero sin ascesis no hay mística.

JESÚS: LA ÚNICA REFERENCIA

Llamaba la atención lo bien que comentaba los textos bíblicos el P. Moratíel. Ahora estamos acostumbrados a interpretaciones antropológicas, psicológicas, histórico-críticas, etc. Pero Moratíel prefería la interpretación espiritual, al modo de los Padres de la Iglesia.

En su celda del convento de Pamplona tenía muchísimos libros de comentarios bíblicos. La Biblia le interesaba mucho. Cabe suponer que de esos libros sacaría algunas ideas para sus charlas y homilías. Pero yo creo que sobre todo aprendía en ellos a leer las Escrituras con otros ojos, con los del alma.

Todas sus charlas las comenzaba con uno o varios textos bíblicos, generalmente tomados de los Evangelios. Y a partir de ellos nos hablaba de cómo el silencio nos permite escuchar la Palabra en nuestro corazón.

Efectivamente, la base de las charlas del P. Moratíel era el Evangelio predicado por Jesús. En eso era meridianamente claro. No hablaba ni de Buda ni del Tao ni de nada que pudiera confundir teológicamente a los que le escuchábamos.

El P. Moratíel estaba enamorado de Jesús, de su Evangelio, de su oración, de su silencio... Jesús era su gran referencia espiritual y afectiva.

EL AMOR

Le daba tanta importancia al amor, que a veces parecía que el silencio interior no es otra cosa que amar, que dejar brotar libremente el amor que Dios nos ha dado: la «fuente de agua viva» que hay en nosotros (cf. Jn 4,14).

La Escuela del Silencio tiene una fuerte componente afectiva. El silencio nos lleva a entrar en «nuestra casa», en el corazón, donde Dios nos espera con los brazos abiertos para abrazarnos cariñosamente e invitarnos a sentarnos junto a Él, al calor de la lumbre, para pasar una agradable y apacible velada.

El silencio nos ayuda a disfrutar de la tierna presencia de Dios en nosotros.

El silencio interior es amor puro, amor divino.

LA CONTEMPLACIÓN DE LA NATURALEZA

La naturaleza era muy importante en la espiritualidad de nuestro hermano Moratíel. Su forma de contemplarla y de apoyarse en ella para predicar era semejante a la de Jesús. Como Él, tomaba un simple elemento natural, por ejemplo una flor, para hablarnos por medio de él de cómo madurar y crecer espiritualmente hacia Dios.

Moratíel invitaba a contemplar la naturaleza desde el puro y simple silencio interior, es decir, sin estudiarla, sin analizarla, sin medirla... Invitaba a dejarnos llenar por lo que Dios nos dice a través de la simple contemplación.

La naturaleza tiene muchas lecciones que darnos si nos limitamos a escuchar lo que su Creador nos dice por medio de ella.

El P. Moratíel conocía muy bien a los antiguos monjes del desierto de Egipto. Éstos dejaron todo para adentrarse en medio de la naturaleza y, en ella, unirse espiritualmente a Dios. Los monjes eran como el viento, como la arena, como las palmeras, como las aves..., dóciles criaturas en manos de Dios.

Y Moratiel también había leído al dominico fray Luis de Granada (1504-1589), y concretamente la primera parte de la *Introducción del símbolo de la fe*, una de las más importantes obras que hablan de la contemplación de Dios en la naturaleza. Ambos contemplaban y amaban a Dios en sus criaturas.

LA ARMONÍA

Vivir en armonía es muy importante para la contemplación. El silencio no es sólo mental, también es un silencio corporal. Toda la persona ha de estar en silencio. Si se quiere orar desde el silencio, nuestro cuerpo ha de colaborar en ello.

El fundador de la Orden de Predicadores, santo Domingo (ca. 1173-1221), en su oración privada oraba con toda su persona. Es lo que muestran sus Nueve Modos de Orar, en los que aparecen diferentes posturas que adoptaba para rezar. Según el P. Moratiel, Domingo expresaba con el cuerpo lo que su mente pensaba y su corazón sentía. Es decir, toda su persona rezaba al unísono.

Moratiel era fiel discípulo de Domingo. Si bien el modo usual de orar en la Escuela del Silencio es estando sentado, Moratiel a veces enseñaba posturas que ayudaban a rezar, por ejemplo, el Ave María.

Aunque uno esté sentado cuando ora, el cuerpo ha de participar con su postura. El P. Moratiel insistía mucho en la importancia de conseguir la postura «justa» para orar. Una postura que nos mantenga despiertos, atentos al momento presente. Para ello hay que evitar que el cuerpo nos distraiga con sus tensiones, cansancios o dolores, o que nos haga quedarnos dormidos a causa de estar demasiado cómodos. La postura justa es muy importante.

La armonía corporal era algo que había estudiado mucho: en su celda encontramos libros y fotocopias que tratan sobre este asunto.

En sus encuentros, a media tarde invitaba a hacer una serie de ejercicios corporales muy sencillos que ayudaban a tener bien dispuesto el cuerpo para la oración. Esos mismos ejercicios eran un modo de oración...

SANTO TOMÁS Y LA LIBERTAD

Como todos los dominicos de su época, el P. Moratiel había estudiado ampliamente la teología de santo Tomás de Aquino (1225-1274).

Uno de los elementos en los que mejor se ve la huella tomista en la Escuela del Silencio es en la importancia que Moratiel daba a la libertad de conciencia, a la autonomía espiritual. En muchas de sus charlas animaba a no ser uno más de la masa, sino a actuar según lo que consideramos que Dios nos dice por medio del silencio. Es al corazón al que debemos escuchar, no al «qué dirán» ni a las modas establecidas.

Y, ciertamente, el P. Moratiel seguía esto en su vida. Poco le importaba lo que dijese de él. Nunca se dejó guiar por «autoridades» de la sociedad, sino sólo por lo que él consideraba que Dios le decía por medio de su conciencia.

Y en coherencia con su amor a la libertad, el P. Moratiel prefería organizar encuentros de la Escuela del Silencio abiertos a todo el mundo, para que acudieran a ellos los que libremente querían. Por el contrario, no le gustaba dar ejercicios a comunidades religiosas, pues él sabía muy bien que a esos ejercicios algunos religiosos van obligados, porque «toca» hacer ejercicios. Y, así, forzados, no se puede vivir el silencio. Éste ha de salir de la libertad interior, ha de ser una opción tomada responsable y libremente. Como excepción, Moratiel acudía asiduamente a dar encuentros de la Escuela del Silencio a unos pocos monasterios de dominicas, cuyas comunidades él sabía que aceptaban de buen grado la Escuela del Silencio.

Y, obviamente, no obligaba a nadie a seguir su espiritualidad. Algunos acudíamos a sus encuentros, no por seguir la Escuela del Silencio, sino simplemente a enriquecernos con ella, nada más. En consonancia con la espiritualidad dominicana, el P. Moratiel daba total libertad espiritual. Él sabía que los que asistíamos a sus encuentros seguíamos nuestros propios caminos. Es más, era eso a lo que nos animaba: a seguir cada uno nuestra propia senda, o mejor dicho, a dejar que sea el Espíritu Santo quien nos marque el camino hacia la unión con Dios.

Por eso él repetía muchas veces que hay que escuchar lo que nos dice el corazón, porque en él nos habla Dios.

El corazón es fuente de sabiduría y camino de libertad.

EL SILENCIO Y LA TEOLOGÍA

Para practicar el silencio, el estudio no es importante. Sólo es preciso estar dispuestos a desprendernos de todo para unirnos afectivamente a Dios. En el silencio hay que dejar de lado todo lo que sabemos, pues hasta la más sublime teología se convierte en una barrera que nos impide adentrarnos en lo más profundo de nuestro corazón.

Sin embargo, para hablar públicamente del silencio sí hay que estudiar.

Como dominico, el P. Moratiel sabía que para predicar no nos podemos limitar a decir lo que buenamente consideramos que Dios nos inspira interiormente, pues tenemos muchas otras «inspiraciones» que son difíciles de discernir y que nos hacen decir cosas muy diferentes a las que Dios verdaderamente nos comunica interiormente. ¡Cuántos errores se han dicho de Dios a lo largo de la historia dejándose guiar únicamente de la inspiración y la buena voluntad! ¡Y a cuánta gente se la ha confundido y alejado de Dios con esos errores!

Por eso, para hablar de Dios es necesario saber Teología. Pero el buen predicador, según indica santo Tomás, no se limita a «recitar» lo que ha aprendido estudiando, sino que el estudio le ayuda a contemplar a Dios en su interior y a predicar eso que ha contemplado. Y, además, la Teología es muy útil para discernir qué inspiraciones interiores vienen verdaderamente de Dios.

Sabemos que cuando Moratiel hablaba del silencio no se limitaba a repetir lo que otros habían dicho. Citaba a diversos autores y sin duda había tomado ideas de los muchos libros que había estudiado, pero el núcleo de la espiritualidad de la Escuela del Silencio nació de su propia experiencia interior. Lo que había estudiado le ayudó a encontrarlo y a sacarlo a luz.

Moratiel estudió Literatura, Filosofía, Psicología, armonía personal, «esoterismo», Historia de las Religiones..., pero sobre todo dominaba la Sagrada Teología. En sus estudios institucionales había estudiado Cristología, Moral, Eclesiología, Sacramentos, Historia de la Iglesia, Biblia, etc. Eso le permitía adentrarse en otras ramas del saber y en otras religiones para enriquecerse, pero sin riesgo a dejarse influenciar por las erróneas concepciones de Dios que ahí podía encontrar.

La Teología le daba una gran libertad. Gracias a ella podía hablar desde el corazón, podía compartir su experiencia del silencio, sabiendo que lo que decía era correcto, que no confundía a la gente ni la alejaba de Dios.

EN BUSCA DE LA VERDAD

El Concilio Vaticano II (1962-1965) afirma que la Iglesia católica, si bien anuncia a Cristo, que es verdadero «Camino, Verdad y Vida» (Jn 14,16), no rechaza nada de lo que en otras religiones hay de verdadero y santo, pues éstas, en no pocas ocasiones, «reflejan [...] un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres» (NAe 2). «Así pues, [la Iglesia católica] exhorta a sus hijos a que, con prudencia y caridad, mediante el diálogo y la colaboración con los seguidores de otras religiones, dando testimonio de fe y vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales que se encuentran en ellos» (NAe 2).

Pues bien, esta exhortación del Concilio Vaticano II la tomó para sí el P. Moratíel y –como ya hemos comentado– se dedicó con ahínco a estudiar otras religiones, sobre todo las orientales, en busca de la Verdad que le pudiera iluminar en su camino hacia Dios.

Y en ello no hacía más que ser fiel al lema de la Orden de Predicadores: «Veritas», la Verdad. Los dominicos buscamos la Verdad allá donde esté. Santo Tomás, por ejemplo, la buscó en un filósofo no cristiano: Aristóteles, y la halló –en algún grado–, y con ella enriqueció enormemente la Teología católica.

El P. Moratíel también la halló –en algún grado–, y gracias a ello pudo hacer muy asequible la más alta mística apofática de los místicos renanos.

LA INTELIGENCIA GUÍA AL AMOR

A algunos quizás les extrañase que Moratíel diese charlas sobre el silencio e introdujese con unas breves palabras los momentos de oración. En cierto modo era una contradicción, pues hablar del silencio rompe el silencio. Pero en esto el P. Moratíel era puramente tomista.

Santo Tomás dice que el amor es la potencia del alma que nos acerca a Dios. La unión con Dios es una unión afectiva. Nuestro amor se une al amor de Dios. Como diría Taulero: en nuestro camino hacia la unión con Dios llega un momento en el que no somos capaces de distinguir dentro de nosotros nuestro amor del amor de Dios¹.

¹ Cf. Juan TAULER, *Obras*, FUE, Madrid 1984, p. 311.

Pero santo Tomás insistía en que el amor por sí solo es ciego. Necesita ser guiado. Y la mejor guía es la inteligencia. Cuando la inteligencia bien formada y bien intencionada guía al amor, éste nos lleva sin pérdida a Dios.

Pero si se deja al amor sin guía, a su libre antojo, éste nos empuja a complacer nuestros instintos, a tener más, saber más y poder más. El amor mal guiado nos lleva a nosotros mismos: encumbra al ego. Y el ego reemplaza a Dios en la oración.

Por eso el P. Moratiel daba charlas en sus encuentros de la Escuela del Silencio: para enseñar a nuestras inteligencias a guiar al amor. Y después nos invitaba a hacer silencio, es decir, a dejar que el amor puro nos lleve a Dios –dejando de lado el intelecto–.

En la oración del silencio, la inteligencia debe estar «desactivada». Sólo se activa para reconducir al amor cuando éste se extravía. Y una vez reconducido, la inteligencia se vuelve a desactivar.

El silencio es puro amor.

CONTEMPLAR Y DAR LO CONTEMPLADO

Como ya hemos dicho más arriba, santo Tomás no decía que los dominicos debemos estudiar y mostrar lo estudiado, sino que debemos *contemplar y dar lo contemplado* (Suma Teológica II-II, q. 188, a. 5c). Y el P. Moratiel vivía realmente, quizás como pocos, este dicho que se ha convertido en lema de la Orden de Predicadores.

El sabio fray Luis de Granada definía así cómo debía estudiar el buen predicador: «Verdaderamente, pues, [el predicador] con más riqueza y ardor dirá aquellas ideas que él haya transformado en cierto modo en sí mismo. Pues las pronunciará más vigorosa y adecuadamente, no como adoptadas de otra parte, sino como nacidas en su casa»².

La biblioteca del P. Moratiel muestra claramente que estudió mucho y muy diferentes áreas del saber. Pero no estudiaba para almacenar información, sino para mejor contemplar a Dios. Su estudio era verdaderamente un ejercicio espiritual.

² LUIS DE GRANADA, *Obras completas*, tomo XLVIII: *Silva de lugares comunes I* (A. Huerga, ed.), Fundación Universitaria Española, Madrid, 2005, 33.

No se sabe que Moratíel haya tenido ningún maestro espiritual concreto. Obviamente, dentro y fuera de la Orden ha conocido a personas que le han ayudado mucho espiritualmente. Pero no se conoce a ninguna que le haya marcado especialmente.

Sin embargo, no hay más que ver cómo subrayaba y comentaba los libros para darse cuenta de que, a ejemplo de santo Domingo (cf. Libellus 7), éstos le acompañaron mucho espiritualmente. La Verdad que en ellos encontraba, la interiorizaba, la hacía suya y después la predicaba.

Como Domingo (cf. Bolonia VII, 3), cuando Moratíel predicaba exteriorizaba los sentimientos que bullían en su corazón. No había más que escucharle cinco minutos para contagiarse de su silencio interior. También contagiaba su alegría. Mucha gente se sentía atraída e impactada interiormente por su sonrisa. Era una persona sonriente. Su rostro transmitía la alegría que vivía interiormente.

Se veía claramente que era un maestro espiritual. Hablaba de corazón a corazón.

Pero también hablaba a la inteligencia de las personas. Mostraba lo razonable que era todo lo que decía: no «lavaba el cerebro» a la gente sino que sabía dar razón de su fe.

Y con su vida daba testimonio de lo que predicaba.

LA ESCUCHA

Sus hermanos de comunidad, en Pamplona, me contaban que Moratíel, en los pocos días que pasaba junto a ellos a lo largo del año, estaba muchas horas colgado al teléfono, escuchando a la gente que le llamaba, a veces a horas intempestivas.

El P. Moratíel atendía gustosamente a todo aquel que quería hablar con él. Le encantaba charlar. Era muy conversador porque le gustaba escuchar. Y mostraba un gran respeto y comprensión hacia su interlocutor.

En el fondo, orar en silencio no es otra cosa que permanecer a la escucha, abiertos a todo lo que Dios nos dice en el corazón...

LA SENCILLEZ

La sencillez es quizás uno de los atributos más llamativos del P. Moratiel. En sus charlas citaba a filósofos, poetas, teólogos, etc., pero sin ninguna pedantería. Su sencillez ocultaba su gran cultura. Hablaba de una manera tan natural que parecía que todo lo que citaba no eran más que anécdotas que le habían contado unos amigos. Pero sabemos que su saber venía, en buena medida, de haber estudiado mucho y de haberlo interiorizado y experimentado interiormente.

Y así, con esa sencillez, era capaz de hablar de la más alta mística de un modo comprensible para todos.

Aparentemente, su sencillez quitaba valor a lo que decía. De hecho, incluso gente muy próxima a él pensaba que su nivel cultural era más bien bajo, que sabía poca Teología: pero a Moratiel le daba igual... no le importaba lo que pensarán de él.

Sin embargo, su sencillez le ayudaba a mostrarse más cercano y a hacer llegar mejor el Evangelio. Eso sí que le importaba: predicar el Evangelio. Si era a costa de quedar como un inculto, ¡qué más le daba!: ¿Y cómo quedó Jesús ante los hombres cuando estaba colgado en la cruz? Sin embargo, es en el Calvario, clavado y desnudo ante todo el mundo, cuando Jesús, paradójicamente, más puramente mostró el Evangelio.

Es lo que tiene el vaciamiento interior, que uno muestra el Evangelio en su estado puro a costa de uno mismo, es decir, renunciando al ego.

EL CARÁCTER RESERVADO

Los dominicos no solemos hablar públicamente de nuestra íntima experiencia espiritual. En eso somos más bien reservados. En nuestra formación se nos enseña a respetar y salvaguardar el fuero interno de la persona. También se nos inculca a hablar de Dios, no de nosotros mismos. Si nos hacen una entrevista para que contemos nuestra vida espiritual más íntima, nos sentimos incómodos.

Por eso llama la atención la autobiografía espiritual del beato Enrique Susón. Algunos investigadores han afirmado que, dada la humildad de Susón, lo lógico es afirmar que él no es el autor de dicha obra. Pero estudios recientes han llegado a la conclusión de que Susón escribió su autobiografía en colaboración con una monja dominica amiga y

discípula suya: sor Elsbeth Stigel. Y yo intuyo que fue la dulce persuasión de sor Elsbeth la que animó a Susón a escribir esta obra.

Desgraciadamente el P. Moratiel no nos dejó ninguna autobiografía espiritual. Y en sus charlas a penas daba datos sobre ello. Raramente hablaba públicamente en primera persona del singular, aunque sabíamos perfectamente que lo que contaba nacía dentro de él.

Qué interesante sería conocer su proceso espiritual desde que salió formado teológicamente de Salamanca hasta que creó la Escuela del Silencio. Pero su carácter reservado lo cubre con la espesa niebla del misterio...

Sin embargo, su carácter reservado no conllevaba que fuese un solitario. El P. Moratiel tenía muchos amigos. Le gustaba cultivar la amistad. Cuando no estaba en un encuentro de la Escuela del Silencio quedaba frecuentemente con amigos para comer, cenar... y sobre todo para charlar. Era un gran amigo de sus amigos. Correspondía fielmente a la amistad.

LA BELLEZA

La palabra de Moratiel era bella. Hablaba muy bien. Daba gusto oírle.

Su biblioteca muestra que leyó mucha poesía y literatura. Al P. Moratiel le gustaba el arte. Él mismo era un artista. En eso se parecía mucho a Fra Angelico (1390-1455), el famoso pintor dominico del renacimiento italiano: Moratiel sabía predicar por medio del arte de la palabra. Hacía del arte un medio para comunicar el Evangelio.

Lo mostraba muy bien cuando contaba las «leyendas», que eran como las parábolas que Jesús contaba para hacer comprensible el Evangelio a la gente sencilla.

Con las leyendas pasa como con los chistes, hay que saber contarlas. Si se cuentan mal, sin arte, pierden su mensaje.

Algunas de las leyendas que Moratiel contaba eran muy sabidas. Ya las habíamos leído o escuchado en otro sitio, pues él no las inventaba, sino que las había estudiado e interiorizado. Además, algunas las repetía bastante. Pero a sus oyentes nos daba igual. Las contaba tan bien, tan bellamente, que le escuchábamos siempre con atención. Y siempre sacábamos una nueva lección.

LA GRATUIDAD

«Uno hace silencio para nada». «La oración no sirve para nada». «Dios no es algo útil». Estas demoledoras frases del P. Moratiel insisten en la importancia de la gratuidad.

Aunque hacer oración tiene muchísimas consecuencias positivas, uno debe orar desde la gratuidad.

Hay que adentrarse en el silencio sin expectativas. Sin que el ego nos marque el camino.

Se niega el ego para realmente «ser». Se ora para «ser». Para «ser» junto a Dios. Eso es el silencio. Nada más.

El silencio es entregarse gratuitamente a Dios.

LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

El principal fin de los dominicos y las dominicas es la salvación de las almas. Eso lo tenía muy asumido el P. Moratiel.

Cuánta gente se habrá convertido al Evangelio gracias a los encuentros de la Escuela del Silencio. A ellos asistían algunas personas que antes habían «picoteado» en otras escuelas espirituales dentro y fuera de la Iglesia. A veces llegaban perdidas y desorientadas espiritualmente. Y escuchando al P. Moratiel encontraban el buen camino. Porque él predicaba el Evangelio desde su propia experiencia. Se veía claramente que predicaba lo que vivía interiormente. Y no hay mejor predicación.

Muchas personas encontraron en el P. Moratiel la Verdad... y la Verdad les hizo libres (cf. Jn 8,32).

La Escuela del Silencio ha liberado a muchas personas del sinsentido de la vida, de los «ruidos» que alejan de Dios, y sobre todo de ellas mismas, es decir, de su ego.

LA TRANSFORMACIÓN DEL MUNDO

Santo Domingo fundó la Orden de Predicadores tras haber estado nueve años (1206-1215) predicando contra la herejía cátara del sur-este de Francia. El catarismo no sólo alejaba de Dios a las personas, también las

deshumanizaba, pues mostraba una visión de la realidad muy pesimista. Para los cátaros, todo lo material era pecaminoso y el cuerpo era la cárcel donde vive el alma. Por eso recomendaban no tener hijos, pues teniéndolos se condena a otras almas a vivir encarceladas en un cuerpo.

La predicación de Domingo era humanizante. Ayudaba a las personas a ver la bondad y la belleza de sus vidas. A aceptar todas las dimensiones de su persona, pues todas han sido hechas por Dios, y todo lo que hace Dios es bueno (cf. Gn 1,31).

La Escuela del Silencio también predica contra todo aquello que deshumaniza nuestras vidas, contra lo que nos impide ser nosotros mismos. Moratiel nos advertía continuamente contra algunos elementos negativos de la sociedad actual, sobre todo contra todo aquello que nos empuja a ponernos «máscaras», a aparentar lo que no somos para dar así, aparentemente, una mejor imagen. De ese modo dejamos de ser libres para ser esclavos de lo que nos viene de fuera.

El silencio nos permite liberarnos de todo lo deshumanizante porque nos adentra donde está la esencia de nuestra persona, en lo más profundo de nuestro corazón, que es la morada de Dios. En contacto con Él, somos, en verdad, lo que somos. Dios nos quita las máscaras, nos hace ser realmente nosotros mismos.

El silencio es ser uno mismo, no otro.

Si a veces desde la sociedad se nos presiona para dejarnos deshumanizar con lo que se nos inculca desde fuera, la Escuela del Silencio, por el contrario, nos anima a humanizar la sociedad desde lo que descubrimos dentro de nosotros, desde nuestra pura experiencia de Dios.

Esa es, según el P. Moratiel, nuestra gran tarea: dejar de lado todos los «ruidos», sanar nuestro «desorden» interno, entrar en el fondo de nuestro corazón, unirnos dócilmente a Dios y, simplemente, mostrar exteriormente eso que vivimos interiormente: el Evangelio. Sin tomar nunca la iniciativa, es decir, sin que nuestro ego se adueñe de nosotros, sino dejando siempre a Dios actuar en nuestra existencia. Dicho de otro modo, poniéndonos en manos de la divina Providencia.

Como vemos, la Escuela del Silencio cambia totalmente el sentido de las cosas: nos invita a liberarnos de las esclavitudes a las que nos somete desde fuera la sociedad, para, por el contrario, liberar a la sociedad desde lo que Dios nos hace vivir en el silencio interior.

Según el P. Moratíel, desde «fuera» viene el sinsentido y lo superficial. Sin embargo, desde «dentro» brota el amor, la plenitud, la libertad y la Verdad.

La misión de la Escuela del Silencio es ayudarnos a transformar el mundo desde nuestro corazón.

DAR LA VIDA POR EL EVANGELIO

Un hermano al que aprecio mucho y que tiene bastante experiencia de dar cursos de Teología y ejercicios espirituales, me contaba hace tiempo que es mucho más duro dar ejercicios que cursos de Teología. Dar bien ejercicios implica meterse de lleno en ellos. Requiere un esfuerzo continuo para crear un «buen ambiente de ejercicios» y de estar a disposición de los ejercitantes que quieren hablar en privado con el que da los ejercicios. Y estas conversaciones suelen ser complejas, pues la gente acude con preguntas espirituales complicadas o con heridas difíciles de sanar.

Pues bien, el P. Moratíel se dedicaba casi exclusivamente a la Escuela del Silencio, que, como ya hemos dicho, era como dar ejercicios espirituales. De vez en cuando le llamaban para dar una charla o para celebrar una misa especial, pero su trabajo pastoral se centraba en ir de un encuentro de la Escuela del Silencio a otro por toda España y a veces también por América. Y en los viajes aprovechaba para leer y estudiar. Todo ello era posible gracias a su capacidad de trabajo. Era un gran trabajador.

Me contaron sus hermanos de comunidad que hubo años en los que sólo estuvo en el convento diez días, es decir, que pasó 355 días viajando y dirigiendo encuentros, es decir, predicando itinerantemente. Pero disfrutaba enormemente cuando volvía a su comunidad, a su convento. Era muy querido por sus hermanos.

Lógicamente, Moratíel pasaba mucho por Madrid cuando iba de un encuentro a otro. Allí acudía al convento del Cristo del Olivar, su «casa de paso», donde tenía una celda para él y disfrutaba de la vida común. Aquella era, en cierto modo, su segunda comunidad.

Como Domingo, Moratíel era un puro predicador itinerante. Y como le pasó a Domingo, su continua itinerancia le acortó la vida. Si ambos hubieran reposado, si se hubieran establecido en algún convento, habrían vivido varios años más. Moratíel tenía una grave afección cardiaca que requería descanso. Hizo todo lo posible para superarla, y en cuanto creyó

que ya estaba físicamente preparado, reinició su actividad: pero, desgraciadamente, no estaba aun bien recuperado.

La enfermedad no le encerró en sí mismo, todo lo contrario, quería seguir predicando de forma itinerante, pues, como Domingo, consideraba que él debía llevar la Palabra a la gente, en vez de pedir a la gente que viniera a él. Y, así, murió: literalmente dio su vida por el Evangelio.

CONCLUSIÓN

En definitiva, el P. Moratiel fue un gran místico y un gran predicador que supo comunicar lo que antes había contemplado.

Era un hombre libre que liberó a muchas personas mostrándoles la Verdad en el silencio interior.

Y afrontó la muerte como la puerta para entrar en el gran Silencio de Dios.